

tífice Inocencio X, al que llevó al lienzo tal cual era, pero lleno de prestancia, de nobleza, aquel rostro en nada agraciado.

De nuevo en España, vuelve a sus retratos cortesanos y a la resolución de las dificultades técnicas que él mismo se plantea.

La ambivalencia pintor-criado, le da ocasión de couocer, en este caso, el taller de reparación de tapices; otro motivo ambiental para sus Hilanderas.

Como aposentador real marcha a la frontera hispano-francesa acompañando a la infanta María Teresa, que va a contraer matrimonio con Luis XIV. La enfermedad contraída en tan largo viaje, le produjo la muerte a los sesenta y un años.

El coloso no dejó escuela. Sus múltiples facetas van siendo recogidas desde los pintores de su tiempo hasta Goya.

Habiéndose interesado en su juventud por la línea naturalista, por la novedad tenebrista, lleva su realismo-impresionista a una escala universal. Representa la ruptura con el clasicismo en la búsqueda de una pintura sincera en donde se representen las cosas y no las ideas.



Consideraciones Velazqueñas

La bibliografía en torno a Velázquez y a su obra es tan extensa que su simple lectura —no ya su estudio— podría muy bien consumir el tiempo de un ocioso. Y la reiteración no se presta a lucimiento porque ni la vida del



sevillano, ni su obra, ofrecen recovecos ni trasfondos que den pie para el trabajito pretendidamente revelador. En Velázquez no se pueden descubrir más que Mediterráneos. Nació, creció, estudió, se impuso —por el indiscutible magisterio de su arte, no cabe duda, pero sin avatares especialmente dignos de comentario—; se casó, gustó de la gloria en vida, no tuvo decadencia, y únicamente experimentó, además de las nimias contrariedades inherentes a su cualidad de cortesano, la pequeña amargura de que los nobles santiaguistas le regatearan con tenacidad el ingreso en la Orden. Pero los santiaguistas murieron y hoy nadie los recuerda. Hubieran podido no existir, ni como individuos ni como entidad, y la Cultura nos los habría echado de menos en absoluto. Existieron y han pasado a la Historia —a la pequeña Historia— precisamente en su cualidad de ridículos antagonistas del gran don Diego.

Discutir, someter a revisión a Velázquez, a Fidias, a Cervantes o a Mozart, es ocioso. Únicamente se puede discutir a sus intérpretes, y someter a revisión las múltiples exégesis de sus respectivas obras. Yo he leído en algún sitio que Velázquez era miope, y que fué precisamente su miopía la que le proporcionó la visión sintética de la Naturaleza que esplende en sus lienzos, y la percep-